

Trabajo de investigación
C. Sociales
4º ESO

Las uvas de la ira

"La novela *The grapes of wrath* (1939) traducida como *Las uvas de la ira* y *Las viñas de la ira*, escrita por John Steinbeck (1902-1968), recibió el premio Pulitzer en 1940 y el premio Nobel en 1962. Fue una obra muy polémica en el momento de su publicación. Está ambientada en la década de los 1930, cuando Estados Unidos sufre una gran crisis económica tras el crack del 29. Describe el proceso por el cual los pequeños productores agrícolas son expulsados de sus tierras por cambios en las condiciones de explotación de las mismas y obligados a emigrar a California donde el tipo de agricultura requiere mano de obra durante la cosecha. Es una novela transgresora que narra las dificultades de la familia Joad en su éxodo desde Oklahoma hacia California en busca de mejores condiciones de vida. Steinbeck exalta los valores de la justicia y la dignidad humana en una Norteamérica que vive su etapa más triste."

John
STEINBECK



Las uvas de la ira

Capítulo XII

La carretera 66 es la ruta principal de emigración. La 66, el largo sendero de asfalto que atraviesa el país, ondulando suavemente sobre el mapa, de Mississippi a Bakersfield, por las tierras rojas y las tierras grises, serpenteando montaña arriba hasta cruzar las

cumbres, siguiendo luego por el deslumbrante y terrible desierto hasta atravesarlo, alcanzar la nueva cordillera y llegar a los ricos valles de California.

La 66 es la ruta de la gente en fuga, refugiados del polvo y de la tierra que merma, del rugir de los tractores y la disminución de sus propiedades, de la lenta invasión del desierto hacia el norte, de las espirales de viento que aúllan avanzando desde Texas, de las inundaciones que no traen riqueza a la tierra y le roban la poca que pueda tener. De todo esto huye la gente y van llegando a la 66 por carreteras secundarias, por caminos de carros y por senderos rurales trillados. La 66 es la carretera madre, la ruta de la huida.

Clarksville y Ozark, Van Buren y Fort Smith están en la 64, que llega a un extremo de Arkansas. Y todas las carreteras pasan por Oklahoma City, la 66 que viene de Tulsa, la 270 que sube desde McAlester. La 81 desde Wichita Falls al sur, hasta Enid al norte. Edmond, McLoud, Purcell. Por la 66 se sale de Oklahoma City; El Reno y Clinton salen al oeste por la 66. Hydro, Elk City y Texola, allí acaba Oklahoma. La 66 atraviesa el Panhandle de Texas Shainrock y McLean, Conway y Amarillo. Wildorado y Vega y Boise, y termina Texas. Tucumcari y Santa Rosa, por las montañas de Nuevo México hasta Albuquerque, adonde llega la carretera después de pasar por Santa Fe. Luego siguen las gargantas del Río Grande hasta Los Lunas y más



hacia el oeste por la 66 hasta Gallup y la frontera de Nuevo México. Entonces vienen las altas montañas, Holbrook y Winslow y Flagstaff, en las altas montañas de Arizona. Después la extensa altiplanicie, ondulante como un oleaje terrestre. Ashfork y Kingman y de nuevo montañas de piedra donde el agua hay que acarrearla y se vende. Pasadas las montañas de Arizona, podridas por el sol, se llega a las riberas pobladas de cañas verdes del Colorado y allí termina Arizona. La otra orilla del río es California, que empieza con una bonita ciudad. Needies, a la orilla del río. Pero aquí el río es un extraño. Hacia el norte y tras una pradera abrasada está el desierto. Y la 66 continúa por el terrible desierto, donde la distancia reluce y en el centro las montañas negras cuelgan de forma imposible en la lejanía. Finalmente se llega a Barstow y sigue el desierto hasta que por fin vuelven a elevarse las montañas, las buenas montañas, y la 66 serpentea a través de ellas. De pronto un paso y al pie un hermoso valle, huertas y viñedos y casitas, y a lo lejos una ciudad, y, ¡oh, Dios mío!, hemos llegado.

Las gentes en fuga desembocaron en la 66, a veces un solo coche, otras un pequeño remolque. Avanzaron lentamente por la carretera, todo el día y a la noche se detuvieron junto a algún arroyo. De día viejos radiadores que perdían lanzaban chorros de vapor, las bielas flojas martilleaban con constancia. Y los hombres que conducían los camiones y los coches cargados en exceso escuchaban con aprensión. ¿Cuánta distancia hay entre las ciudades? Da pánico el camino entre dos centros. Si se rompe alguna cosa... bueno, si se rompe algo, acampamos aquí mismo mientras Jim va andando a la ciudad, compra la pieza de recambio y vuelve y... ¿cuánta comida nos queda?

Escucha el motor, presta atención a las ruedas. Escucha con los oídos, con las manos en el volante, con la palma de la mano en el cambio de marchas, con los pies en las tablas del suelo. Escucha el golpeteo del viejo cacharro con los cinco sentidos; fíjate en un cambio de tono, en una variación del ritmo que puede significar... ¿una semana aquí parados? Esa vibración son las válvulas. Eso no es nada. Las válvulas pueden vibrar hasta el día del juicio sin que pase nada. Pero ese ruido sordo que hace el coche al moverse... no es que lo oiga... es como si sólo lo sintiera. A lo mejor el aceite no llega a algún sitio. Quizá los cojinetes empiezan a fallar. Por Dios, si se trata de un cojinete, no sé lo que vamos a hacer. El dinero se nos va muy deprisa.



Una familia de migrantes en su automóvil. Cerca de Fort Gibson, del Condado de Muskogee, Oklahoma, junio de 1939

Y ¿por qué hoy se ha calentado tanto este hijo de puta? Ni siquiera es cuesta arriba. Vamos a mirar. ¡Dios Todopoderoso!, la correa del ventilador ha desaparecido. Mira, haz una correa con este trocito de cuerda. A ver qué longitud..., ya está. Yo empalmo los extremos. Ahora conduce despacio, hasta que lleguemos a una ciudad. Esa cuerda no va a resistir mucho tiempo.

Si pudiéramos llegar a California, donde crecen los naranjos, antes de que esta cafetera explote. Si pudiéramos...

Y los neumáticos... dos capas de tela gastadas. Sólo un alambre de cuatro capas. Podrían tirar cien millas más si no damos con una piedra y estallan. ¿Qué preferís, cien millas más, tal vez, o quizá dejar inservible la cámara? ¿Cuál de las dos?

Cien millas. Bueno, te lo tienes que pensar. Tenemos parches de cámara. Quizá cuando se rompa no sea más que una pérdida pequeña. ¿Y si hacemos unas botas? Podríamos tirar otras quinientas millas. Sigamos hasta que revienten.

Debemos comprar un neumático, pero, por Dios, cobran mucho por una rueda vieja. Te miran de arriba abajo. Saben que tenemos que seguir adelante, que no podemos esperar. Y el precio sube.

Tómelo o déjelo. Yo no trabajo por amor al arte. Vendo neumáticos, no los regalo. Yo no puedo evitar lo que le ha pasado a usted. Tengo que pensar en mí mismo.

¿A cuánto está la próxima ciudad?

Ayer vi pasar cuarenta y dos coches como el suyo. ¿De dónde salen todos ustedes? ¿Adónde van?

Bueno, California es un estado grande.



No tan grande. Ni siquiera el país entero es tan grande. No es tan extenso. No es lo suficientemente amplio. No hay bastante espacio para usted y -para mí, para la gente de su clase y la de la mía, para ricos y pobres todos juntos en un país, para ladrones y hombres honrados. Para el hambre y la abundancia. ¿Por qué no se vuelven por donde han venido?

Éste es un país libre. Cada uno puede ir donde le apetezca. ¡Eso es lo que usted se cree! ¿Ha oído hablar alguna vez de la patrulla fronteriza de California? Es de la policía de Los Ángeles. Les detendrán, desgraciados, les harán volver. Mire, si no puede comprar tierras no le queremos aquí. Por cierto, ¿tiene carnet de conducir?, déjeme verlo. Se ha roto. No se puede entrar sin carnet de conducir.

Es un país libre.

Bueno, intente comprar la libertad. Por aquí decimos que un tipo tiene tanta libertad como su dinero le permite comprar.

En California se pagan salarios altos. Tengo aquí un papel que lo dice.

Tonterías. He visto a gente que se ha dado la vuelta. Hay alguien que les está tomando el pelo. ¿Quiere ese neumático o no?

Tengo que comprarlo, pero le aseguro que se nos lleva un buen pellizco. No nos queda mucho dinero.

Bueno, yo no soy la beneficencia. Cójalo.

Creo que no me queda más, remedio. Déjeme verlo. Ábralo, veamos la cubierta. Hijo de puta, dijo que la cubierta estaba bien. Está a punto de reventar.

No es verdad. A ver... ¡anda!, ¿cómo es posible que no me diera cuenta?

Claro que se había dado cuenta, es usted un hijo de puta. Quiere cobrarnos cuatro dólares por una cubierta reventada. Me gustaría pegarle un puñetazo.

Bueno, bueno, no se rasgue las vestiduras. Le digo que no me di cuenta. ¿Sabe lo que podemos hacer? Le dejo éste por tres cincuenta.

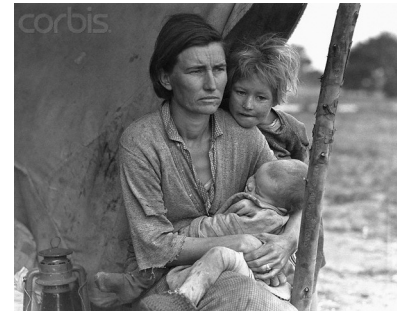
Sí, ¿y qué más? Intentaremos llegar hasta la próxima ciudad.

¿Crees que lo conseguiremos con ese neumático?



No tenemos elección. Antes me pongo yo como neumático que darle a ese tipo ni un centavo.

¿Y qué te crees que es un vendedor? Como él mismo dice, no trabaja por placer. Así son los negocios. ¿Cómo pensabas que era? Cada uno tiene que... ¿Has visto ese anuncio en la carretera? Servicios del club. ¿El sábado fiesta en el hotel Colmado? Bienvenido, hermano. Eso es un club. Un tipo que yo conocía solía contar una historia, decía: cuando yo era pequeño mi viejo me dio una novilla por el ronزال y me dijo que la llevara y que le hicieran un buen servicio. Yo lo hice y, desde entonces, cada vez que oigo a un hombre de negocios hablar de servicios me pregunto a quién están jodiendo. Uno que hace negocios tiene que mentir y engañar, pero él lo llama de otra manera. Eso es lo importante. Si tú vas y robas el neumático, resulta que eres un ladrón, pero él intentó robarte cuatro dólares por un neumático reventado. A eso lo llaman hacer un buen negocio.



Danny, sentado en el asiento de detrás, quiere un vaso de agua.

Tendrá que esperar. Aquí no hay agua.

Escucha... ¿oyes el tubo de escape?

No sé qué decirte.

La estructura suena igual que un telégrafo.

Se ha soltado una junta. Hay que continuar. Fíjate cómo silba. En cuanto veamos un sitio bueno para acampar, aparco inmediatamente. Pero, ¡Dios mío!, se está acabando la comida, nos quedamos sin dinero. ¿Qué pasará cuando ya no podamos comprar gasolina?

Danny quiere un vaso de agua. El pobre crío tiene sed.

Fíjate cómo silba esa junta.

¡Santo Dios! Ya está. Ya han reventado la llanta, la cubierta y todo. Hay que arreglarlo. Guarda la cubierta para hacer botas; la cortas y la pegamos por dentro de refuerzo de partes gastadas.

Coches parados junto a la carretera, motores apagados, neumáticos remendados. Coches cojeando a lo largo de la carretera 66 como si estuvieran heridos, jadeando y luchando por seguir. Demasiado caliente, conexiones flojas, cojinetes sueltos, estructuras traqueteantes.

Danny quiere un vaso de agua.

Tendrá que esperar, el pobre chiquillo. Tiene calor. Próxima estación de servicio, de servicio, como decía aquél.

Doscientas cincuenta mil personas en la carretera. Cincuenta mil coches viejos, heridos, humeando. Ruinas abandonadas a la orilla de la carretera. ¿Qué les pasó? ¿Qué pasó con la gente que viajaba en ese coche? ¿Echaron a andar? ¿Dónde están? ¿De dónde sale el valor, de dónde la fe tremenda?



Y aquí tienen una historia que apenas se puede creer pero es cierta, y es divertida y hermosa. Eran una familia de doce personas, que se vieron obligados a

marcharse de sus tierras. No tenían coche. Construyeron un remolque a base de chatarra y lo cargaron con sus pertenencias. Lo arrastraron hasta la orilla de la carretera 66 y esperaron. Y al poco tiempo los recogió un coche. Cinco de ellos viajaron en el coche y siete en el remolque, además del perro. Llegaron a California en dos saltos. El dueño del coche les dio de comer en el viaje. Es una historia cierta. Pero ¿cómo se puede tener tanto valor y una fe semejante en los miembros de la propia especie? Son muy pocas las cosas que podrían enseñar a tener una fe tan grande.

Gente huyendo del terror que queda atrás... le suceden cosas extrañas, algunas amargamente crueles y otras tan hermosas que la fe se vuelve a encender, y para siempre.

FRAGMENTO DE L CAPITULO XVI

...

—Mire —dijo el hombre—. No tiene sentido. Este tío necesita ochocientos hombres. Va e imprime cinco mil papeles de éstos y quizá los leen veinte mil personas. Y tal vez dos mil o tres mil se ponen en movimiento nada más que por esos papeles. Gente que está loca de preocupación.

—Pero eso no tiene sentido —gritó Padre.

—No, hasta que vea al tipo que hizo circular este papel. Le verá a él o a alguien que trabaje para él. Acampará en una cuneta con otras cincuenta familias. Él se asomará a su tienda para ver si le queda algo de comida. Si no le queda a usted nada, le dice:

«Quiere trabajar?». Y usted responderá: «Claro que sí. Le agradezco que me dé la oportunidad de trabajar». Entonces él dirá: «Me sirves», y usted: «Cuándo empiezo?». Le dirá adónde ir, a qué hora, y seguirá su camino. Quizá necesite doscientos hombres, así que habla con quinientos, que se lo dirán a otra gente y cuando llega al sitio del trabajo, hay allí unos mil hombres. El jefe dice: «Pago veinte centavos por hora». Más o menos la mitad de los hombres se marcharán. Pero aún quedan quinientos y están tan muertos de hambre que trabajan aun por unas galletas. Bueno, este tipo tiene un contrato para recoger los melocotones, o cortar el algodón. ¿Lo entienden ahora? Cuanta más gente haya y más hambrienta esté, menos tendrá que pagar. Si puede, se queda con uno que tenga hijos, porque... mierda, había dicho que no les iba a inquietar —el círculo le miró fríamente. Los ojos calibraron sus palabras. El hombre se sintió cohibido—. Dije que no iba a inquietarles y, ¿qué es lo que estoy haciendo si no? Ustedes van a seguir adelante. No piensan regresar —el silencio colgó sobre el porche. Y la luz siseó y un halo de polillas osciló dentro dando vueltas alrededor del farol. El hombre harapiento continuó, nervioso—: Déjenme que les diga lo que han de hacer cuando encuentren al que ofrece trabajo. Pregunten cuánto piensa pagar y pídanle que lo ponga por escrito. Que haga eso. Si no me hacen caso, les estafarán.



El propietario se inclinó en la silla para ver mejor al hombre sucio y andrajoso. Se rascó entre los pelos grises del pecho. Dijo con frialdad:

—¿No será usted uno de esos agitadores? ¿De esos charlatanes que rodean a los jornaleros?

Y el hombre gritó:
—Le juro por Dios que no.
—Hay muchos de éstos —dijo el propietario—. Van de un sitio a otro montando bronca. Soliviantando a la gente. Metiéndoles.....

CAÍTULO XXI

Ahora las personas que estaban en movimiento, que iban en busca de algo, eran emigrantes. Las familias que habían vivido en una pequeña parcela de terreno, que habían vivido y habían muerto en un espacio de cuarenta acres, que habían comido o pasado hambre con lo que producían esos cuarenta acres, tenían ahora todo el oeste para recorrerlo a sus anchas. Y se extendían presurosas, buscando trabajo; las carreteras eran ríos de gentes y las cunetas a los bordes eran también hileras de gente. Tras estas gentes venían otras. Las grandes carreteras bullían de gente en movimiento. Allá en el medio oeste y el suroeste había vivido una población sencilla y campesina a la que no había afectado el cambio de la industria que no había trabajado la tierra con maquinaria, ni conocido la fuerza y el peligro que las máquinas podían adquirir estando en manos privadas. No habían crecido en las paradojas de la industria. Sus sentidos todavía percibían con claridad lo ridículo de la vida industrial.



Y entonces, de pronto, las máquinas los expulsaron y ellos invadieron las carreteras. El movimiento les hizo cambiar; las carreteras, los campamentos a orillas de los caminos, el temor al hambre, y la misma hambre, les transformaron. Cambiaron porque los niños debían pasarse sin cenar y por estar en constante e incesante movimiento. Eran emigrantes. Y la hostilidad les hizo diferentes, los fundió, los unió: la hostilidad que hacía que en los pequeños pueblos la gente se agrupara y tomara las armas como para rechazar a un invasor, brigadas con mangos de picos, dependientes y tenderos con escopetas, protegiendo el mundo contra su propia gente.

En el oeste cundió el pánico cuando los emigrantes se multiplicaron en las carreteras. Los que tenían propiedades temieron por ellas. Hombres que nunca habían tenido hambre vieron los ojos de los hambrientos. Otros que nunca habían deseado nada con vehemencia, pudieron ver la llama del deseo en los ojos de los emigrantes. Y los hombres de los pueblos y de las suaves zonas rurales adyacentes se reunieron para defenderse; y se convencieron a sí mismos de que ellos eran buenos y los invasores malos, tal como debe hacer un hombre cuando se dispone a luchar. Dijeron: estos malditos okies son sucios e ignorantes. Son unos degenerados, maníacos sexuales. Estos condenados okies son ladrones. Roban todo lo que tienen por delante. No tienen el sentido del derecho a la propiedad.

Y esto último era cierto, porque ¿cómo puede un hombre que no posee nada conocer la preocupación de la propiedad? Y gentes a la defensiva dijeron: Traen enfermedades, son inmundos. No podemos dejar que vayan a las escuelas. Son forasteros. ¿Acaso te gustaría que tu hermana saliera con uno de ellos?

Los oriundos se autoflagelaron hasta convertirse en hombres de temple cruel. Entonces formaron unidades, brigadas, y las armaron... las armaron con porras, con gases, con revólveres. Ésta es nuestra tierra. No podemos permitir que estos okies se nos suban a las barbas. Y los hombres que iban armados no poseían la tierra, pero ellos creían que sí. Y los dependientes que hacían guardia por las noches no tenían nada y los pequeños comerciantes sólo poseían un cajón lleno de facturas sin pagar. Pero incluso una factura es algo, incluso un empleo es algo. El dependiente pensaba: yo gano quince dólares por semana. ¿Y si un okie de mierda estuviera dispuesto a trabajar por doce? Y el pequeño tendero pensaba:



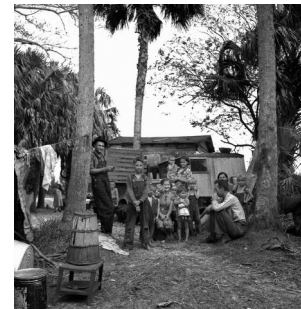
¿Cómo podría yo competir con un hombre que no tenga deudas?

Y los emigrantes bullían por las carreteras, el hambre y la necesidad reflejadas en sus ojos. No tenían ningún argumento, ningún sistema, nada excepto su número y sus necesidades. Cuando había trabajo para un hombre, diez hombres luchaban por él... luchaban por un salario bajo. Si ése está dispuesto a trabajar por treinta centavos, yo trabajaré por veinticinco.

Si ése se conforma con veinticinco, yo me conformo con veinte.

No, yo, estoy hambriento. Yo trabajaré por quince centavos, por un poco de comida. Los niños. Deberías verles. Les salen como pequeños diviesos y no pueden correr por ahí. Les di una fruta que se había caído y se hincharon. Yo trabajaré por un trozo pequeño de carne.

Y esto era bueno porque los salarios seguían cayendo y los precios permanecían fijos. Los grandes propietarios estaban satisfechos y enviaron más anuncios para atraer todavía a más gente. Y los salarios disminuyeron y los precios se mantuvieron. Y dentro de muy poco tendremos siervos otra vez.



Y entonces los grandes propietarios y las compañías inventaron un método nuevo. Un gran propietario compró una fábrica de conservas. Y cuando los melocotoneros y las peras estuvieron maduros puso el precio de la fruta más bajo del coste de cultivo. Y como propietario de la conserva se pagó a sí mismo un precio bajo por la fruta y mantuvo alto el precio de los productos envasados y recogió sus beneficios. Los pequeños agricultores que no poseían industrias conserveras perdieron sus fincas, que pasaron a manos de los grandes propietarios, los bancos y las compañías que al propio tiempo eran los dueños de las fábricas de conservas. Con el paso del tiempo, el número de las fincas disminuyó. Los pequeños agricultores se trasladaron a la ciudad y estuvieron allí un tiempo mientras les duró el crédito, los amigos, los parientes. Y después ellos también se echaron a las carreteras. Y los caminos hirvieron con hombres ansiosos de trabajo, dispuestos incluso a asesinar por conseguir trabajo.

Y las compañías, los bancos fueron forjando su propia perdición sin saberlo. Los campos eran fértiles y los hombres muertos de hambre avanzaban por los caminos. Los graneros estaban repletos y los niños de los pobres crecían raquíticos, mientras en sus costados se hinchaban las pústulas de la pelagra. Las compañías poderosas no sabían que la línea entre el hambre y la ira es muy delgada. Y el dinero que podía haberse empleado en jornales se destinó a gases venenosos, armas,

agentes y espías, a listas negras e instrucción militar. En las carreteras la gente se movía como hormigas en busca de trabajo, de comida. Y la ira comenzó a fermentar.

Hemos seleccionado tres fragmentos de la novela, con seguridad no son los más significativos, por eso te animamos a que leas la novela, creemos que no te defraudara.

Sobre estos fragmento te proponemos una serie de actividades y trabajos de investigación, pero nuestro objetivo es que te plantes esto como un reto intelectual y creativo y que seas tu el que pongas los límites al trabajo y establezcas nuevas vías y nuevas posibilidad

Consulta el documento “trabajo de investigación”.

A parte de las sugerencias que vienen en dicho documento aquí tienes otras:

HISTORIA Y SUS PROTAGONISTAS

La voz de los protagonistas anónimos, testigos de los acontecimientos.

¿Pueden ser sus vidas, sus testimonios, una fuente de conocimiento histórico?

¿Su tragedia, su subjetividad nos puede ayudara tener una visión de los acontecimientos?

ACONTECIMIENTOS PASADO Y ACONTECIMIENTOS RECIENTES

Emigración, crisis económica

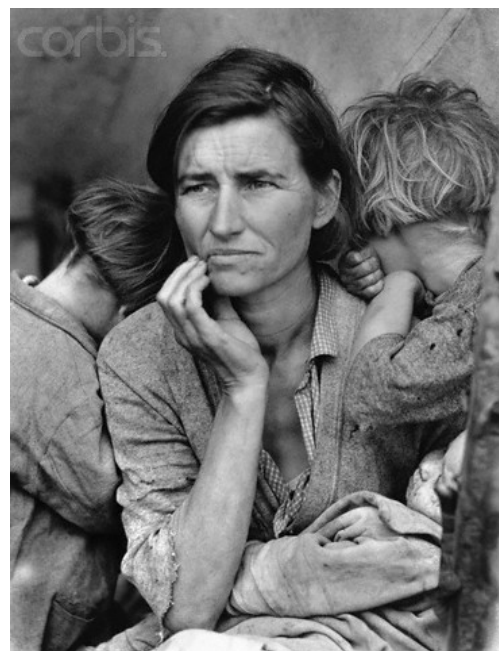
IMÁGENES DE LA HISTORIA

Sea cual sea tu trabajo debes contestar las siguientes cuestiones:

- ¿Qué significaron para los Joad y otros jornaleros que emigraron hacia California la Crisis económica de la década de 1930 y el desastre natural llamado Dust Bowl (Región de la Sequía)?
- ¿Tú o tu familia han tenido experiencias similares de crisis económica o desastres naturales? De ser así, ¿qué efecto han tenido esos eventos sobre tu familia y tu ciudad?
- ¿Piensas que las experiencias de los Joad son similares a las de otros grupos de trabajadores migratorios? ¿Qué tan similares son las experiencias de los Joad a las de las personas que vienen a trabajar en España hoy en día? ¿Quiénes piensas que son los Joad de la actualidad?
- ¿El sueño europeo de los Joad, es muy diferente que la realidad a la que se enfrentan al llegar a España?



John Steinbeck



Dust Can't Kill Me

Woody Guthrie

**That old dust storm killed my baby,
but it can't kill me, Lord
and it can't kill me.
That old dust storm killed my family,
but it can't kill me, Lord
and it can't kill me.
That old landlord got my homestead,
But he can't get me, Lord,
And he can't get me.
That old dry spell killed my crop, boys,
But it can't kill me, Lord
and it can't kill me.
That old tractor got my home, boys,
but it can't get me, Lord
and it can't get me
That old tractor run my house down,
but it can't get me down,
and it can't get me.
That old pawn shop got my furniture,
But it can't get me, Lord,
And it can't get me.
That old highway's got my relatives,
But it can't get me, Lord,
And it can't get me.
That old dust might kill my wheat, boys,
But it can't kill me, Lord
and it can't kill me.
I have weathered a-many a dust storm,
but it can't get me, boys,
and it can't kill me.
That old dust storm, well, it blowed my barn down,
But it can't blow me down,
and it can't blow me down.
That old wind might blow this world down,
but it can't blow me down,
it can't kill me.
That old dust storms killed my baby,
but it can't kill me, Lord
and it can't kill me.**

